

INTRODUCCIÓN

La llegada de la imagen en movimiento supuso un cambio revolucionario del que creo que no somos del todo conscientes. No solo se convirtió en una forma de entretenimiento y una expresión artística, entre otras muchas cosas; básicamente, cambió nuestra relación con la realidad. Desde su llegada, y tras su inmensa difusión planetaria, nos permite acceder a imágenes de cualquier lugar del mundo, a realidades de las que nunca tendremos la experiencia directa; a través de ella, vivimos de forma vicaria vidas ajenas. Esto ya sucedía con la literatura, por supuesto, pero la imagen atrapada en una pantalla es otra cosa: ofrece una ilusión de realidad nunca vista antes. Estamos mirando directamente el mundo real aunque estemos a miles de kilómetros o decenas de años de ese mundo. Las imágenes sustituyen a la realidad y, la mayoría de las veces no nos damos cuenta. Incluso o, mejor dicho, sobre todo cuando es ficción, cuando esas imágenes nos cuentan una historia. Los relatos audiovisuales cuentan el mundo y el presente y, muchas veces, lo sustituyen. En general, para bien. De muchas de las cosas que vemos en una

película nunca tendremos una experiencia directa, quizá haya que decir afortunadamente. No podemos vivir todas las vidas, en todos los lugares, en todos los tiempos. Pero no pasa nada, para eso está la experiencia vicaria, sustitutiva, que nos ofrece el arte, y el cine por encima de todo. Vicario, según la RAE: «Que tiene las veces, poder y facultades de otra persona o la sustituye». Ni que estuviera definiendo al cine.

Amo la ficción, no puedo vivir sin ella. De hecho, puedo pasarme al plural, y afirmar que no podemos vivir sin ellas. En 2019 apareció una noticia con el descubrimiento en Indonesia de unas pinturas rupestres que contenían la primera escena narrativa conocida, el ejemplo más antiguo que tenemos. La obra tiene 43.900 años. Dicen los arqueólogos que la han estudiado que: «La capacidad de inventar historias de ficción pudo ser la etapa clave en la aparición del lenguaje y pensamiento humanos». Y la paleoantropóloga María Martín-Torres, directora del Centro Nacional de Investigación sobre Evolución Humana (Cenieh), comentaba en la noticia: «me parece conmovedor encontrar las raíces profundas de algo que es tan genuinamente humano como la capacidad de contar historias.»¹

Muy conmovedor, cierto. Había que cazar, había que protegerse del frío o del calor, de los animales y de la naturaleza, había que sobrevivir. Pero, por algún motivo que todavía desconocemos, también había que

¹ Nuño Domínguez, «Descubierta la obra de arte más antigua», en El País, 11/12/2019

contarlo. O imaginarlo. O (re)crearlo. Y por eso desde hace, como mínimo, 43.900 años vivimos con la ficción, con ese impulso inexplicable de contar historias en imágenes. Las necesitamos para expresar certezas y dudas, miedos y alegrías o incluso lo inexpresable. Nos explican y nos desafían. Nos permiten habitar el mundo. Desde aquella primera escena de caza (primera que sepamos, puede que otros descubrimientos atrasen aún más la fecha) hasta el final del último capítulo de la última serie estrenada. Han transcurrido unos cuantos milenios y hemos creado infinidad de ficciones a través de todo tipo de medios, pero seguimos necesítándolas para relacionarnos con la realidad. Una imagen contiene todas las imágenes, un relato todos los relatos. Y en ellos van nuestros deseos y nuestros miedos. Exorcizados por aquel sorprendente gesto primario y primordial de un ser humano que decidió, vete a saber por qué, pintar una escena narrativa en una pared de roca.

Dice también la paleoantropóloga en el artículo: «Incluso si lo que pretendían únicamente con esas figuras era recordar una hazaña pasada, ensalzar la valentía o la bravura de algunos cazadores atribuyéndoles capacidades sobrehumanas, es maravilloso pensar que quizá estemos admirando la primera metáfora de la prehistoria». Metáfora. Resulta que sin la metáfora no somos nada. De algo de eso hablaremos.

Este pequeño ensayo surge de esas dos convicciones: que no podemos vivir sin ficción y que el mundo cam-

bió con la llegada del cine. Debería añadir una tercera: la de que hoy en día, rodeados por todas partes de imágenes y relatos audiovisuales, que no solo consumimos, también creamos, la confusión entre ficción y realidad es mayor que nunca. La imagen sustituye a la realidad. Pero lo que sigue no es un tratado de cine ni va a ofrecer definiciones, tampoco disquisiciones filosóficas, no es mi campo. Se trata más bien de un conjunto de impresiones y reflexiones, quizá un poco desordenadas, que me he ido planteando o han ido surgiendo aquí y allá frente al modo en que son recibidas las ficciones. Algunas nacen del desconcierto frente a esas reacciones, otras de cierto enfado ante la persistencia irritante con la que algunos relatos de ficción moldean machaconamente la realidad, por ejemplo, el mito del amor romántico. Pero, si miro muy en el fondo, sé que proceden de la necesidad de defender la ficción, de quitarle hojarasca, de olvidar el «basado en hechos reales», esa plaga, de dejar de compararla con la realidad para entenderla. La ficción es un fin en sí misma, no es mejor cuanto más se parece al mundo, no es ese su papel. La ficción es artificio, es ilusión, es creación, es construcción. Siempre, incluso en la obra más realista. Siempre, incluso en eso que llamamos documental, que no es tal, y de lo que también hablaremos.

Vuelvo a la RAE. Dice que ficción es, en su primera acepción, ‘acción y efecto de fingir’; en la segunda, ‘invención, cosa fingida’ y en la tercera, ‘clase de obras

literarias o cinematográficas, generalmente narrativas, que tratan de sucesos y personajes imaginarios'. No dice la RAE que su poder es enorme, que nos hace cambiar de opinión, que la imitamos, que a veces se confunde con la realidad y la anula, que no siempre la distinguimos de lo real y que, a veces, incluso parecemos vivir en ella.

De todo eso va *El arte de inventar la realidad*. Con ejemplos y con bastantes preguntas. Dice en el subtítulo: «cuando la ficción dinamita las certezas». Una frase ambigua, que puede ser positiva si esas certezas son nocivas para la salud social. Por ejemplo, si rompe algún prejuicio, o si una película logra que un racista se coloque en el lugar de una víctima. Pero también es negativa, cuando nos hace dudar sobre si lo que estamos viendo es real o no, o si la realidad está teñida de algo que antes ha sido ficción. Durante mucho tiempo, las ficciones creadas en Hollywood han configurado una imagen de Estados Unidos idealizada y han colonizado otras ficciones, contribuyendo de forma decisiva a su supremacía mundial. Todos los gobiernos, mucho más los autoritarios, pero no solo, intentan controlar la producción audiovisual. Y, por su parte, las grandes plataformas pueden no tener muchas ganas de apoyar determinadas historias que consideran que les pueden traer problemas. Y así, Rodrigo Sorogoyen, tras hacer una de las mejores series de nuestra historia, *Antidisturbios* (2020), y de demostrar que es uno de nuestros mejores

cineastas, ha tenido que renunciar a su proyecto de serie sobre la Guerra Civil, ante el giro conservador que Movistar+ ha dado. Esa censura previa es una forma, nada implícita, de reconocer que la ficción es poderosa y tiene grandes efectos sobre la percepción social de los hechos y la historia.

No puedo más que agradecer la oportunidad que me ha brindado el editor de reunir estos pensamientos, muchas dudas y alguna que otra certeza en estas páginas, obligándome a pensarlas conjuntamente y a intentar encontrar cierto sentido a lo que era una idea firme, pero no aterrizada, tratada en clase al intentar explicar la historia del cine, en artículos breves de prensa, en críticas de series o películas, en intervenciones en mesas redondas o en la radio. He tenido que buscar ejemplos, revisar los que ya tenía, establecer rimas y conexiones y pensar en conjunto sobre lo que son más bien signos o síntomas de esa confusión. Creo que en las páginas que siguen hay unas cuántas ideas, unas más desarrolladas que otras y algunas solo apuntadas. En parte por las propias características de la colección en la que se publica el libro, pero también por un prurito de quien esto firma. Porque he preferido dejar la intuición, aunque no llegue a una conclusión: puede que a alguno de ustedes le sirva para pensar su propia relación con las imágenes y con la realidad. O porque a veces me ha parecido más importante sugerir que afirmar. O porque me he limitado, sin más, a expresar dudas o a hacer

por escrito el equivalente a pensar en voz alta. Espero que las páginas que siguen les inviten a pensar sobre las imágenes y relatos que consumimos. Creo que es esencial hacerlo, ninguna reflexión sobre nuestro presente puede dejar de lado las imágenes, los relatos audiovisuales y cómo se construye la representación. Hay muchas batallas hoy en día, desgraciadamente, pero la de las imágenes también es una, y es crucial.